

Momo mira la nevera y el móvil al mismo tiempo.

¡Qué mala suerte!

Se había ofrecido en el trabajo a liderar a las chicas de la revista en la manifestación de esa tarde, y la única que se había apuntado a seguirle portando sus pancartas había

sido la redactora jefe.

No le caía mal, era buena persona, pero la más fea.

Así que con la bronca que había tenido con su mujer y lo poco que había dormido, le daban ganas de desertar.

Pero no podía.

Un modernito como él, con aspiraciones artísticas, no podía faltar.

Se trataba de una fecha histórica.

Sería una revolución.

Él se había imaginado a sí mismo como una especie de marajá rodeado de un harén de pivones.

Aquel era su verdadero sueño en la vida.

Quizás sus motivaciones profundas para dedicarse al arte procedían de ahí.

Conscientemente no se lo planteaba, sino se desalentaría pues aquella aspiración no tenía visos de hacerse realidad.

Lo del trabajo en la revista, quizás tampoco era casual, y lo había escogido creyendo que se encontraría rodeado de chicas guapas.

Al final, no era así.

Nada es lo que parece.

Sólo en ciertos lugares de moda muy concretos, restaurantes bio para tomar ensaladas y beberse zumos naturales, podían verse chicas tan impresionantes como en las revistas, ya que precisamente iban a comer a esos sitios para cuidarse.

Eran actrices o modelos que ni siquiera se dignaban a darle a uno los buenos días ni a deseárselo buen provecho aún habiendo estado sentado cincuenta veces a dos palmos de sus bonitas narices.

Lo cierto es que su frialdad no tenía límite.

Sin duda querían parecerse tanto a las de papel, o las de las pantallas, que terminaban por mostrarse más distantes y frías que estatuas.

Por lo visto, y estaba socialmente aceptado, carecían de conversación.

Se cotizaban tan caro que nunca llegaría a poder acercarse a ninguna, y eso suponía que desgraciadamente seguiría largos años siéndole fiel a su esposa.

Aunque no era bella, ni esbelta, al menos se aprendía de memoria las páginas de la revista en la que él trabajaba y hacía lo imposible por parecerseles.

Incluso él se sentía afortunado, porque más valía eso que nada.

El sexo era como la comida, se trataba de una necesidad y había que satisfacerla como fuera.

De hecho había encontrado un cierto equilibrio en su alimentación, y curiosamente guardaba relación con las mujeres de su vida.

En casa, como ninguno de los dos cocinaba, comían todo precocinado y artificial.

Precisamente a sus hijas también las habían concebido así, porque por el método natural no había habido manera.

Lo que a nivel nutricional le salvaba la vida, eran los tupper que su madre le daba los sábados cuando iban a comer a su casa, como recompensa.

Y luego estaban las ensaladas con los pivones para compensar los kebabs y la basura grasienta que engullía cuando estaba hambriento, como era el caso.

Por eso ahora, comprobando que sólo había una pizza precocinada en la nevera y en el móvil un mensaje de Miriam, se sentía desalentado.